

DE LA TEORÍA A LA PRAXIS HUMANISTA: UNA REINTERPRETACIÓN DE LA EDUCACIÓN INICIAL

Tovar Rojas, Daikira Raide 1

RESUMEN

La educación inicial constituye un escenario fundamental para la formación integral del ser humano, debido a que durante esta etapa se configuran las bases cognitivas, emocionales, éticas y sociales que acompañarán al individuo a lo largo de su vida. No obstante, las dinámicas contemporáneas asociadas a la tecnificación educativa, la estandarización curricular y la instrumentalización del aprendizaje han favorecido prácticas pedagógicas centradas en el desarrollo de competencias funcionales, relegando dimensiones esenciales de la experiencia humana. Ante esta realidad, surge la necesidad de reinterpretar la educación inicial desde una perspectiva humanista capaz de recuperar la centralidad del sujeto, la experiencia vivida y la construcción de sentido. El presente artículo tiene como propósito desarrollar una reflexión teórica orientada a resignificar la educación inicial a partir de los aportes de la fenomenología, la hermenéutica filosófica, la teoría de la complejidad y las corrientes pedagógicas centradas en la formación humana. Metodológicamente, se adscribe al paradigma interpretativo mediante un enfoque cualitativo de carácter documental sustentado en el método hermenéutico-filosófico. El análisis realizado condujo a la construcción teórica denominada La praxis humanista como horizonte interpretativo de la educación inicial, desde la cual se plantea que educar durante la primera infancia implica acompañar procesos de constitución humana orientados hacia la comprensión, la convivencia, la autonomía y la construcción de sentido. Se concluye que la educación inicial debe concebirse como una experiencia formativa centrada en el reconocimiento del niño como sujeto de interpretación.

Palabras clave: educación inicial, praxis humanista, fenomenología, hermenéutica.

FROM THEORY TO HUMANISTIC PRAXIS: A REINTERPRETATION OF EARLY CHILDHOOD EDUCATION

ABSTRACT

Early childhood education constitutes a fundamental stage for the integral formation of human beings, since it is during this period that the cognitive, emotional, ethical, and social foundations that will accompany individuals throughout their lives are established. However, contemporary dynamics associated with educational technologization, curricular standardization, and the instrumentalization of learning have promoted pedagogical practices focused on the development of functional competencies, relegating essential dimensions of human experience. In response to this reality, there is a need to reinterpret early childhood education from a humanistic perspective capable of restoring the centrality of the subject, lived experience, and the construction of meaning. The purpose of this article is to develop a theoretical reflection aimed at resignifying early childhood education through the contributions of phenomenology, philosophical hermeneutics, complexity theory, and pedagogical approaches centered on human formation. Methodologically, the study is framed within the interpretive paradigm through a qualitative documentary approach supported by the hermeneutic-philosophical method. The analysis led to the theoretical construction entitled Humanistic Praxis as an Interpretive Horizon for Early Childhood Education, from which it is argued that educating during early childhood involves accompanying processes of human constitution oriented toward understanding, coexistence, autonomy, and meaning-making. It is concluded that early childhood education should be conceived as a formative experience centered on recognizing the child as a subject of interpretation.

Keywords: early childhood education, humanistic praxis, phenomenology, hermeneutics.

¹. Doctorado en Educación. Universidad Pedagógica Experimental Libertador. (UPEL, Venezuela). tovardaikira@gmail.com

1. INTRODUCCIÓN

La educación constituye una de las creaciones culturales más trascendentes desarrolladas por la humanidad para garantizar la continuidad de la vida social, la transmisión de conocimientos y la formación de nuevas generaciones. Sin embargo, más allá de su función instructiva, la educación representa un proceso profundamente humano mediante el cual las personas construyen significados, desarrollan identidades y establecen relaciones con el mundo que las rodea. Esta condición adquiere una relevancia singular durante la infancia, etapa en la que se configuran las primeras experiencias de convivencia, aprendizaje, reconocimiento y comprensión de la realidad.

La educación inicial ocupa un lugar privilegiado dentro de este proceso formativo. Durante los primeros años de vida se desarrollan experiencias fundamentales para la constitución emocional, cognitiva, ética y social del ser humano. No obstante, a pesar de la importancia que posee esta etapa, numerosos enfoques educativos continúan abordándola desde perspectivas excesivamente técnicas centradas en el desarrollo de habilidades, competencias y aprendizajes observables, dejando en un segundo plano dimensiones esenciales relacionadas con la subjetividad, la experiencia vivida y la construcción de sentido.

Las transformaciones que caracterizan a las sociedades contemporáneas han contribuido a profundizar esta situación. La creciente incorporación de tecnologías digitales, la expansión de modelos educativos orientados por criterios de eficiencia y productividad, así como las exigencias derivadas de contextos sociales complejos, han favorecido la consolidación de prácticas pedagógicas donde frecuentemente predominan los indicadores de desempeño sobre las experiencias humanas que acompañan los procesos de aprendizaje. Como consecuencia, la educación corre el riesgo de convertirse en una actividad instrumental desvinculada de su dimensión formativa más profunda.

Esta realidad invita a reconsiderar los fundamentos sobre los cuales se construye la praxis educativa durante la infancia. Resulta necesario interrogarse acerca del significado mismo de educar, comprender quién es el niño dentro del proceso pedagógico y reflexionar sobre el papel que desempeñan la experiencia, el diálogo, las emociones y la interpretación en la formación humana. Estas interrogantes adquieren especial importancia en una época marcada por acelerados cambios tecnológicos y culturales que modifican permanentemente las formas de aprender, relacionarse y comprender el mundo.

Desde esta perspectiva, la educación inicial no puede ser entendida exclusivamente como una etapa preparatoria para aprendizajes futuros. Constituye una experiencia existencial donde el niño comienza a construir significados sobre sí mismo, sobre los demás y sobre la realidad que habita. Educar implica acompañar ese proceso de descubrimiento, respetando la

singularidad de cada experiencia y reconociendo al niño como sujeto activo en la construcción de su propio mundo de significados.

2. ABORDAJE A LA REALIDAD

En este contexto, la educación inicial se encuentra situada en el centro de múltiples tensiones. Por una parte, se reconoce ampliamente su importancia como etapa decisiva para el desarrollo humano. Diversas investigaciones han demostrado que los primeros años de vida constituyen un período determinante para la configuración de capacidades cognitivas, emocionales, sociales y comunicativas que influirán significativamente en las trayectorias futuras de aprendizaje. Sin embargo, paralelamente a este reconocimiento, se observa una creciente tendencia hacia la escolarización temprana de la infancia, fenómeno que ha favorecido la incorporación de prácticas centradas en la adquisición acelerada de competencias académicas frecuentemente desvinculadas de las necesidades integrales del niño.

Las transformaciones tecnológicas han intensificado aún más estas tensiones. Los niños contemporáneos nacen y crecen en entornos profundamente mediados por dispositivos digitales que modifican las formas de interacción, comunicación y acceso al conocimiento. La presencia cada vez más temprana de tecnologías dentro de los espacios familiares y educativos genera oportunidades significativas para el aprendizaje, pero también plantea desafíos relacionados con la preservación de experiencias fundamentales para el desarrollo humano. La relación con el cuerpo, el contacto con la naturaleza, la interacción cara a cara y la construcción de vínculos afectivos adquieren nuevas complejidades dentro de escenarios crecientemente digitalizados.

La educación inicial se enfrenta así al desafío de encontrar un equilibrio entre innovación tecnológica y formación humana. No se trata de rechazar los avances que ofrecen las nuevas tecnologías ni de adoptar posiciones nostálgicas frente al pasado. El verdadero reto consiste en garantizar que la incorporación de recursos digitales no sustituya aquellos procesos de encuentro, diálogo, sensibilidad y convivencia que constituyen la esencia misma de la experiencia educativa.

Particular relevancia adquiere esta reflexión en el contexto latinoamericano y venezolano. Las instituciones de educación inicial desarrollan su labor en medio de realidades sociales complejas caracterizadas por desigualdades económicas, transformaciones familiares, migraciones, cambios culturales y demandas crecientes hacia los sistemas educativos. Estas condiciones generan escenarios donde los educadores no solo asumen responsabilidades relacionadas con la enseñanza, sino también con el acompañamiento emocional, la promoción de la convivencia y la construcción de espacios protectores capaces de favorecer el desarrollo integral de los niños.

En este escenario emerge una preocupación fundamental relacionada con la pérdida progresiva de sentido que afecta a numerosos procesos educativos. La expansión de modelos tecnocráticos ha favorecido la aparición de prácticas donde el cumplimiento de procedimientos adquiere mayor importancia que la comprensión profunda de los sujetos involucrados en la experiencia pedagógica. La educación corre entonces el riesgo de convertirse en una actividad centrada en la administración de aprendizajes, olvidando su dimensión formativa, ética y humanizadora.

La crisis de sentido no se manifiesta únicamente en las instituciones educativas. Refleja transformaciones más amplias que afectan la manera en que las sociedades contemporáneas comprenden la formación humana. En una época caracterizada por la inmediatez, la hiperconectividad y la sobreabundancia informativa, resulta cada vez más necesario recuperar espacios de reflexión que permitan comprender quiénes somos, cómo nos relacionamos con los demás y qué significado atribuimos a nuestra existencia.

3. SUSTENTO TEÓRICO

3.1 Fundamentos fenomenológicos de la experiencia educativa en la infancia

La fenomenología desarrollada por Husserl (2023) constituye uno de los referentes fundamentales para esta reflexión. Su propuesta surge como una crítica a las concepciones positivistas que pretendían explicar la realidad mediante criterios exclusivamente objetivos. Frente a estas perspectivas, Husserl (ob. cit.) reivindica el valor de la experiencia vivida como punto de partida para comprender el mundo. La realidad no aparece simplemente como un conjunto de objetos externos independientes del sujeto, sino como un universo de significados que se constituye a través de la conciencia y de la experiencia.

Esta afirmación posee profundas implicaciones para la educación inicial. Tradicionalmente, numerosos modelos pedagógicos han centrado su atención en los contenidos que deben ser enseñados, relegando a un segundo plano la manera en que los niños experimentan y significan aquello que aprenden. Desde una perspectiva fenomenológica, el aprendizaje no puede reducirse a la incorporación de información ni a la adquisición mecánica de habilidades. Constituye una experiencia mediante la cual el niño construye sentidos acerca de sí mismo y del mundo que lo rodea.

La infancia aparece entonces como una etapa privilegiada de apertura hacia la realidad. Cada experiencia de exploración, cada descubrimiento, cada encuentro con los otros y cada interacción con el entorno contribuyen a la constitución de un universo de significados que orienta progresivamente la comprensión del mundo. El niño no recibe pasivamente la realidad; participa activamente en su construcción a través de las experiencias que vive cotidianamente.

La reflexión fenomenológica alcanza una profundidad aún mayor en la obra de Heidegger (2022), quien desplaza la atención desde la conciencia hacia la existencia concreta del ser humano. Para este autor, el individuo no puede comprenderse como un observador separado del mundo. Su existencia se desarrolla siempre en relación con otros seres, con contextos específicos y con horizontes de significado que configuran su manera de habitar la realidad.

La perspectiva ontológica desarrollada por Heidegger (2022) permite comprender que la infancia no constituye simplemente una etapa cronológica del desarrollo humano. Representa una forma particular de estar en el mundo caracterizada por la apertura, la curiosidad y la capacidad de asombro frente a la realidad. El niño se relaciona con su entorno desde una disposición existencial que le permite descubrir significados allí donde los adultos frecuentemente solo perciben rutinas o certezas establecidas. Esta capacidad de asombro constituye uno de los mayores potenciales formativos de la infancia y, al mismo tiempo, uno de los aspectos más amenazados por modelos educativos excesivamente estandarizados. Desde esta mirada, la educación inicial adquiere una dimensión profundamente existencial. Educar no significa únicamente transmitir conocimientos previamente elaborados, sino acompañar al niño en el proceso de descubrimiento de sí mismo y de su relación con el mundo.

La noción de ser-en-el-mundo propuesta por Heidegger (ob. cit.) resulta especialmente relevante para comprender esta dinámica. Los niños no aprenden aislados de sus contextos de vida. Su aprendizaje emerge de las relaciones que establecen con las personas, los espacios, los objetos y las experiencias que forman parte de su cotidianidad. La escuela, la familia y la comunidad constituyen escenarios donde se configuran significados que influyen profundamente sobre la manera de comprender la realidad. En consecuencia, la educación inicial no puede limitarse a la organización de contenidos curriculares. Debe asumir la responsabilidad de generar experiencias significativas capaces de favorecer la construcción de sentidos, el fortalecimiento de vínculos humanos y el desarrollo de formas auténticas de comprensión. Desde esta perspectiva, la praxis educativa adquiere un carácter eminentemente humanizador orientado hacia el reconocimiento de la singularidad de cada experiencia infantil.

La fenomenología permite además reconocer que toda experiencia educativa se encuentra atravesada por dimensiones emocionales que influyen decisivamente sobre los procesos de aprendizaje. Los niños no aprenden únicamente mediante operaciones cognitivas. Aprenden desde aquello que les interesa, les emociona, les sorprende o les preocupa. Las emociones participan activamente en la configuración de los significados que atribuyen a sus experiencias y condicionan la manera en que se relacionan con el conocimiento.

Esta comprensión resulta especialmente importante en una época donde numerosos enfoques educativos continúan privilegiando la evaluación de

resultados observables por encima de la comprensión de las experiencias que hacen posible dichos resultados. La fenomenología recuerda que detrás de cada aprendizaje existe una vivencia humana irrepetible cuya riqueza no puede ser completamente capturada mediante indicadores estandarizados.

3.2 Hermenéutica de la formación humana y construcción de significado en la educación inicial

La experiencia humana no se limita al simple acto de vivir acontecimientos. Los seres humanos interpretan constantemente aquello que experimentan, organizan sus vivencias mediante relatos y construyen significados que orientan su comprensión del mundo. Esta capacidad interpretativa constituye uno de los rasgos fundamentales de la condición humana y adquiere una relevancia singular durante la infancia, período en el cual comienzan a configurarse las primeras formas de comprensión sobre la realidad.

La hermenéutica filosófica desarrollada por Gadamer (2021) ofrece importantes elementos para comprender esta dinámica. Para este autor, toda comprensión constituye un acontecimiento histórico mediado por el lenguaje, la tradición y la experiencia. Ningún sujeto interpreta desde una posición completamente neutral. Toda comprensión se encuentra influida por horizontes culturales, experiencias previas y contextos específicos que condicionan las formas de atribuir significado a la realidad.

Esta perspectiva posee profundas implicaciones para la educación inicial. Durante mucho tiempo predominó la idea de que enseñar consistía en transmitir conocimientos objetivos desde quien sabe hacia quien desconoce. Sin embargo, la hermenéutica permite reconocer que el aprendizaje constituye un proceso mucho más complejo donde intervienen múltiples formas de interpretación. El niño no recibe pasivamente los contenidos que le son presentados. Los incorpora, los resignifica y los integra dentro de sus propios horizontes de comprensión.

La experiencia educativa aparece así como un proceso dialógico donde convergen diferentes mundos de significado. El educador interpreta la realidad desde su experiencia profesional y humana; el niño la interpreta desde sus vivencias, emociones y formas particulares de relacionarse con el entorno. El aprendizaje emerge precisamente del encuentro entre estos horizontes de comprensión. Sobre este aspecto, Gadamer (ob. cit.) sostiene que comprender implica siempre una fusión de horizontes. La educación inicial puede ser entendida desde esta perspectiva como un espacio donde se encuentran diversas formas de interpretar el mundo y donde nuevas comprensiones emergen a partir del diálogo, la interacción y la experiencia compartida. Esta visión desplaza el énfasis desde la transmisión de contenidos hacia la construcción conjunta de significados.

La importancia del lenguaje adquiere aquí una dimensión central. Los niños comienzan a comprender el mundo a través de las palabras, los relatos, los juegos

simbólicos y las conversaciones que sostienen con los adultos y con sus pares. El lenguaje no constituye únicamente un medio para comunicar pensamientos previamente elaborados. Es también el espacio donde dichos pensamientos se construyen y adquieren significado.

La reflexión hermenéutica alcanza una profundidad aún mayor en la obra de Ricoeur (2021), quien desarrolla una de las teorías más influyentes sobre la relación entre narrativa e identidad. Según Ricoeur (ob. cit.), los seres humanos construyen su identidad mediante relatos que articulan pasado, presente y futuro dentro de una historia coherente de significado. Las personas se comprenden a sí mismas a través de las narrativas que elaboran acerca de su propia experiencia.

Esta perspectiva resulta extraordinariamente fecunda para la educación inicial. Desde edades tempranas, los niños comienzan a construir relatos sobre quiénes son, qué sienten, qué desean y cómo interpretan las experiencias que viven. Estas narrativas no constituyen simples descripciones de acontecimientos. Representan procesos mediante los cuales se configura progresivamente la identidad personal.

Las contribuciones de Ricoeur (ob. cit.) permiten comprender que la educación inicial no solo participa en la transmisión de conocimientos, sino también en la configuración de identidades. Cada experiencia pedagógica influye sobre la manera en que los niños se perciben a sí mismos, interpretan sus capacidades y construyen relaciones con los demás. Un ambiente educativo basado en el reconocimiento, la confianza y el respeto favorece la emergencia de narrativas positivas que fortalecen la autoestima, la autonomía y el sentido de pertenencia. Por el contrario, experiencias marcadas por la desvalorización o la exclusión pueden generar relatos limitantes que afectan el desarrollo personal y social.

3.3 Humanismo y educación: hacia la recuperación del sujeto educativo

La historia de la educación puede entenderse como una búsqueda permanente de respuestas acerca de la formación humana. A lo largo del tiempo, diferentes corrientes pedagógicas han intentado definir los fines de la educación, los métodos más adecuados para alcanzarlos y las características que debe poseer el sujeto formado. Sin embargo, las transformaciones sociales, económicas y tecnológicas de las últimas décadas han favorecido la consolidación de modelos educativos donde frecuentemente predominan criterios de productividad, eficiencia y rendimiento que tienden a reducir la complejidad de la experiencia humana.

Frente a esta tendencia emerge la necesidad de recuperar perspectivas humanistas capaces de devolver centralidad al sujeto dentro de los procesos educativos. El humanismo no constituye simplemente una corriente pedagógica entre otras posibles. Representa una concepción filosófica que reconoce la dignidad de la persona, su capacidad para construir significados y su potencial para participar activamente en la transformación de la realidad.

La propuesta educativa desarrollada por Freire (2021) constituye uno de los referentes más significativos dentro de esta tradición. Su pensamiento se fundamenta en la convicción de que la educación debe contribuir a la humanización de las personas mediante procesos de diálogo, reflexión crítica y participación consciente en la construcción del mundo social. Para Freire (ob. cit.), los seres humanos no son recipientes vacíos destinados a recibir conocimientos elaborados por otros. Son sujetos históricos capaces de interpretar su realidad y actuar sobre ella.

Esta comprensión posee profundas implicaciones para la educación inicial. Los niños no pueden ser considerados objetos pasivos dentro del proceso educativo. Son sujetos de experiencia, lenguaje, imaginación y creatividad que participan activamente en la construcción de conocimientos y significados. La tarea del educador consiste en generar condiciones que favorezcan esta participación y en reconocer la capacidad de los niños para interpretar el mundo desde sus propias experiencias.

La educación humanista rechaza toda forma de enseñanza basada exclusivamente en la transmisión mecánica de contenidos. En su lugar, propone una praxis pedagógica sustentada en el diálogo, el respeto y la construcción conjunta de aprendizajes significativos. El aprendizaje adquiere sentido cuando se vincula con las experiencias de quienes aprenden y cuando contribuye al desarrollo integral de la persona.

En esta misma dirección, Rogers (2022) plantea que la finalidad fundamental de la educación consiste en favorecer el desarrollo pleno del potencial humano. Su enfoque centrado en la persona destaca la importancia de crear ambientes educativos caracterizados por la aceptación, la empatía y la autenticidad. El aprendizaje significativo ocurre cuando los individuos se sienten valorados, comprendidos y libres para explorar sus propias posibilidades de crecimiento.

La reflexión humanista encuentra además una importante ampliación en los planteamientos de Nussbaum (2022), quien sostiene que la educación debe orientarse hacia la formación de ciudadanos capaces de pensar críticamente, comprender la diversidad humana y participar responsablemente en la vida democrática. Para esta autora, el desarrollo de capacidades emocionales y éticas resulta tan importante como la adquisición de conocimientos académicos.

3.4 Reinterpretación humanista de la educación inicial desde la pedagogía crítica y la construcción de subjetividades

La educación inicial constituye uno de los espacios más sensibles para comprender la naturaleza profundamente humana del acto educativo. No se trata únicamente de un período preparatorio para etapas posteriores del desarrollo escolar, sino de una experiencia fundacional donde comienzan a configurarse las primeras formas de relación con el mundo, con los otros y consigo mismo. En

consecuencia, cualquier reflexión orientada a reinterpretar la educación inicial desde una perspectiva humanista exige interrogar críticamente las concepciones tradicionales que han reducido la infancia a una etapa de preparación funcional para la vida adulta.

La pedagogía crítica desarrollada por Freire (2021) ofrece elementos fundamentales para esta reflexión. Su propuesta cuestiona las visiones educativas centradas en la transmisión mecánica de contenidos y plantea una comprensión de la educación como proceso de humanización. Desde esta perspectiva, educar implica reconocer al ser humano como sujeto histórico capaz de interpretar la realidad y participar activamente en su transformación.

Aunque gran parte de la obra freireana estuvo orientada hacia la educación popular y la formación de adultos, sus postulados poseen profundas implicaciones para la educación inicial. La infancia deja de ser concebida como una condición de carencia para convertirse en una etapa caracterizada por una extraordinaria capacidad de creación, interpretación y construcción de significados. Los niños no son receptores pasivos de información; son sujetos que producen sentidos acerca de la realidad que experimentan.

La reinterpretación humanista de la educación inicial implica reconocer esta capacidad creadora presente desde los primeros años de vida. Cada interacción, cada juego, cada experiencia de descubrimiento constituye una oportunidad para la construcción de significados que contribuyen a la configuración de la identidad personal.

Desde esta mirada, el aula deja de ser un espacio destinado exclusivamente a la enseñanza de contenidos académicos y se transforma en un escenario de encuentro donde los niños desarrollan capacidades para dialogar, convivir, imaginar y construir sentidos compartidos.

Esta comprensión encuentra importantes puntos de convergencia con la perspectiva sociocultural desarrollada por Vygotsky (2023), quien sostiene que el desarrollo humano se encuentra profundamente vinculado con los procesos de interacción social. El aprendizaje no ocurre de manera aislada dentro del individuo. Surge en contextos culturales donde el lenguaje, las relaciones y las experiencias compartidas participan activamente en la construcción del conocimiento.

La noción de subjetividad adquiere especial relevancia dentro de este horizonte interpretativo. Durante mucho tiempo, las instituciones educativas privilegiaron modelos pedagógicos orientados hacia la homogeneización de comportamientos y aprendizajes. Sin embargo, las perspectivas contemporáneas reconocen que cada niño construye su experiencia desde trayectorias particulares atravesadas por contextos familiares, culturales y emocionales específicos.

3.5 Complejidad, emociones y aprendizaje en la educación inicial contemporánea

La reinterpretación humanista de la educación inicial requiere igualmente superar las visiones fragmentadas del desarrollo infantil que separan artificialmente las dimensiones cognitivas, emocionales, sociales y culturales de la experiencia humana. La epistemología de la complejidad desarrollada por Morin (2024) proporciona herramientas conceptuales particularmente valiosas para comprender esta realidad. Según este autor, los fenómenos humanos solo pueden ser entendidos mediante perspectivas integradoras capaces de reconocer la interacción permanente entre múltiples dimensiones de la existencia.

Aplicada al ámbito educativo, esta noción epistemológica permite comprender que el aprendizaje infantil constituye un proceso complejo donde intervienen simultáneamente factores biológicos, emocionales, familiares, culturales y sociales. Ningún aprendizaje significativo puede explicarse exclusivamente a partir de variables cognitivas. Los niños aprenden desde sus emociones, desde sus relaciones afectivas y desde las experiencias que construyen junto a otros. La educación inicial se configura entonces como un espacio donde convergen múltiples procesos de desarrollo que interactúan dinámicamente entre sí.

Esta comprensión adquiere una relevancia aún mayor cuando se incorporan los aportes de Maturana y Dávila (2021), quienes sostienen que toda acción humana se encuentra fundada emocionalmente. Desde esta perspectiva, las emociones no representan elementos accesorios dentro de los procesos educativos. Constituyen condiciones fundamentales para el aprendizaje y la convivencia. Los niños aprenden en ambientes donde se sienten reconocidos, respetados y emocionalmente seguros. La curiosidad, la confianza y el entusiasmo favorecen la exploración y la construcción de conocimientos. Por el contrario, contextos caracterizados por el miedo, la descalificación o la inseguridad pueden limitar significativamente las posibilidades de aprendizaje.

Las experiencias de escucha, diálogo, juego y cooperación adquieren una importancia fundamental porque contribuyen a generar ambientes favorables para el desarrollo integral. La convivencia escolar deja de ser considerada un aspecto complementario para convertirse en una condición esencial del aprendizaje. Asimismo, la creciente complejidad de los contextos contemporáneos plantea nuevos desafíos para la educación inicial. Las transformaciones tecnológicas, culturales y sociales modifican las experiencias de infancia y generan escenarios inéditos para la formación de las nuevas generaciones.

4. METODOLOGÍA

El presente artículo se desarrolla desde el paradigma interpretativo, por cuanto se orienta a comprender los significados que subyacen a las concepciones contemporáneas de la educación inicial desde una perspectiva humanista. Este

paradigma reconoce que la realidad educativa no constituye un fenómeno estático ni susceptible de ser explicado exclusivamente mediante relaciones causales, sino una construcción social e histórica configurada a través de experiencias, valores, creencias, interacciones y procesos de interpretación que otorgan sentido a la práctica pedagógica.

La investigación se inscribe dentro del enfoque cualitativo de carácter documental. Este enfoque permitió explorar críticamente diversas corrientes filosóficas, pedagógicas, psicológicas y socioculturales relacionadas con la educación inicial, la formación humana, la infancia, el aprendizaje y la praxis educativa. El interés fundamental no estuvo centrado en la cuantificación de fenómenos educativos, sino en la comprensión profunda de los significados que emergen de los discursos teóricos que sustentan la educación humanista.

Como método se adoptó la hermenéutica filosófica, entendida como una vía de comprensión orientada a interpretar textos, teorías y construcciones conceptuales desde una perspectiva crítica y reflexiva. La hermenéutica permitió establecer relaciones entre distintos referentes teóricos, identificando convergencias epistemológicas capaces de explicar la necesidad de resignificar la educación inicial en función de las demandas humanas, culturales y sociales del contexto contemporáneo. Sobre ello, Gadamer (ob. cit.), comprender implica dialogar con las tradiciones de pensamiento que configuran nuestra visión del mundo. En consecuencia, el proceso interpretativo desarrollado en esta investigación se orientó hacia la construcción de nuevos horizontes de comprensión sobre la infancia y la práctica educativa, articulando aportes provenientes de diferentes autores y corrientes de pensamiento.

La técnica utilizada fue el análisis documental. Se examinaron obras vinculadas con la fenomenología, la pedagogía crítica, la psicología sociocultural, la teoría de la complejidad, la filosofía de la educación y los estudios contemporáneos sobre desarrollo infantil. Este análisis permitió identificar categorías emergentes relacionadas con la humanización educativa, la construcción de subjetividades, la convivencia, la experiencia infantil y la transformación pedagógica.

El procedimiento metodológico se desarrolló mediante tres momentos complementarios. En primer lugar, se realizó una revisión sistemática de literatura especializada relacionada con las categorías centrales del estudio. Posteriormente, se efectuó un proceso de interpretación hermenéutica orientado a establecer relaciones conceptuales entre los distintos referentes teóricos seleccionados. Finalmente, se procedió a la integración de los hallazgos mediante la elaboración de un constructo teórico denominado *Praxis humanista transformadora para la educación inicial contemporánea*, concebido como aporte reflexivo derivado del análisis realizado.

5. CONSTRUCCIÓN TEÓRICA

5.1 *Praxis humanista transformadora para la educación inicial contemporánea*

La reflexión desarrollada a lo largo del presente trabajo permite sostener que la educación inicial constituye mucho más que una etapa preliminar dentro del sistema educativo. Representa el escenario fundacional donde comienzan a configurarse las primeras experiencias de humanidad, convivencia, identidad y construcción de sentido. Desde esta comprensión emerge la propuesta teórica denominada *Praxis humanista transformadora para la educación inicial contemporánea*, concebida como una reinterpretación de la acción pedagógica orientada a colocar nuevamente al ser humano en el centro de la experiencia educativa.

Esta construcción teórica surge de la necesidad de superar las perspectivas tecnocráticas que durante décadas han influido sobre las prácticas educativas. La creciente tendencia a reducir la educación a indicadores de rendimiento, competencias estandarizadas y procesos de evaluación cuantificables ha generado una progresiva invisibilización de dimensiones fundamentales de la experiencia humana. Aspectos como las emociones, la subjetividad, la creatividad, la convivencia y la construcción de significado han sido frecuentemente desplazados por enfoques centrados en la eficiencia y el control de resultados.

Frente a esta realidad, la praxis humanista transformadora propone recuperar el carácter profundamente humano de la educación inicial. Su fundamento descansa en la comprensión de que cada niño constituye una singularidad irrepetible que llega al mundo portando potencialidades, capacidades y formas particulares de relacionarse con la realidad. Desde la fenomenología de Husserl (ob. cit.), toda experiencia humana se encuentra vinculada con procesos de significación mediante los cuales los sujetos construyen sentidos sobre aquello que viven. Los niños no se aproximan al mundo como receptores pasivos de información. Desde los primeros años elaboran interpretaciones, construyen significados y desarrollan formas propias de comprender la realidad que los rodea.

Esta agudeza intelectual, se profundiza desde la perspectiva ontológica de Heidegger (ob. cit.), para quien el ser humano existe siempre inmerso en un mundo de relaciones y significados. La infancia no puede entenderse como una condición de espera para la vida futura. Constituye una experiencia plena de existencia donde se configuran las primeras formas de habitar el mundo, de relacionarse con los otros y de construir proyectos de sentido. En consecuencia, la educación inicial debe trascender los modelos centrados exclusivamente en la preparación académica y orientarse hacia la creación de experiencias que favorezcan el desarrollo integral de la persona.

La praxis humanista transformadora concibe al niño como sujeto de experiencia, de lenguaje, de emociones y de cultura. No se trata simplemente de enseñar contenidos, sino de acompañar procesos de construcción humana donde el aprendizaje emerge como resultado de la interacción significativa con el entorno. Ciertamente, el aula se transforma en un espacio de encuentro donde convergen múltiples experiencias de vida. Cada conversación, cada juego, cada pregunta y cada descubrimiento constituye una oportunidad para la construcción de significados capaces de enriquecer la formación integral de la persona.

La propuesta reconoce igualmente la importancia de las emociones como fundamento de los procesos educativos. Maturana y Dávila (ob. cit.) sostienen que toda acción humana se encuentra sustentada emocionalmente. Aprender implica sentir. Comprender supone involucrarse afectivamente con aquello que se conoce. Por esta razón, la praxis humanista transformadora considera que la calidad de las experiencias emocionales vividas durante la infancia influye profundamente sobre la manera en que los niños construyen su relación con el conocimiento. Los ambientes educativos caracterizados por el respeto, la confianza y la aceptación favorecen procesos de aprendizaje más significativos que aquellos sustentados en el miedo o la imposición.

La dimensión ética constituye otro componente esencial de esta construcción teórica. Desde la filosofía de Lévinas (2022), la relación con el otro se convierte en fundamento de toda experiencia humana auténtica. Educar implica reconocer la alteridad y asumir la responsabilidad ética de acompañar el desarrollo de quienes comienzan a descubrir el mundo. La praxis humanista transformadora propone comprender la educación inicial como una experiencia de reconocimiento donde cada niño sea valorado en su singularidad y respetado en sus ritmos, intereses y formas particulares de aprendizaje.

5.2 Dimensiones de la Praxis Humanista Transformadora para la Educación Inicial Contemporánea

La propuesta teórica desarrollada se estructura sobre un conjunto de dimensiones interrelacionadas que permiten comprender la educación inicial como un proceso orientado hacia la formación integral del ser humano. Estas dimensiones no funcionan de manera aislada; constituyen un entramado dinámico donde convergen experiencias cognitivas, emocionales, éticas, culturales y sociales que participan simultáneamente en la construcción de la subjetividad infantil.

Dimensión ontológica: el niño como sujeto de existencia

La primera dimensión reconoce al niño como un ser humano pleno y no como un proyecto incompleto de adultez. Durante mucho tiempo las prácticas educativas estuvieron condicionadas por concepciones que entendían la infancia como una etapa preparatoria cuyo valor dependía exclusivamente de su contribución al desarrollo futuro.

La reinterpretación humanista cuestiona esta visión y sostiene que la infancia posee valor en sí misma. Cada experiencia vivida durante los primeros años constituye una forma legítima de existencia que merece ser reconocida y comprendida. La educación inicial debe favorecer espacios donde los niños puedan descubrirse a sí mismos, expresar sus intereses, explorar el mundo y construir significados sobre su propia experiencia. Educar implica acompañar procesos de existencia antes que imponer trayectorias previamente definidas.

Dimensión afectiva: emociones que humanizan el aprendizaje

Toda experiencia educativa se encuentra atravesada por emociones. Los niños aprenden desde aquello que sienten, valoran y experimentan afectivamente. La praxis humanista transformadora reconoce que el desarrollo cognitivo no puede separarse de la experiencia emocional. El aprendizaje significativo surge cuando existe un clima de confianza capaz de favorecer la curiosidad, la exploración y la participación.

Las emociones constituyen formas de relación con el mundo. A través de ellas los niños desarrollan sentimientos de seguridad, pertenencia, reconocimiento y autoestima que influyen profundamente sobre su manera de aprender. Por esta razón, la educación inicial debe crear ambientes donde el afecto, la escucha y la empatía formen parte esencial de la práctica pedagógica.

Dimensión ética: reconocimiento y dignidad humana

La educación inicial posee una profunda dimensión ética porque involucra el encuentro entre seres humanos que construyen relaciones de convivencia y reconocimiento mutuo. Esta dimensión parte de la comprensión de que cada niño posee una dignidad inherente que trasciende cualquier criterio de rendimiento o desempeño académico.

La praxis humanista propone una educación basada en el respeto por la singularidad, la diversidad y la diferencia. Ello implica reconocer que cada niño aprende de manera distinta, posee ritmos particulares de desarrollo y construye experiencias únicas de relación con el conocimiento. La función educativa consiste entonces en generar condiciones que permitan el florecimiento humano desde el respeto y la valoración de cada persona.

Dimensión dialógica: lenguaje, interacción y construcción colectiva

El lenguaje ocupa un lugar central dentro de la formación humana. A través de él los niños interpretan el mundo, expresan emociones, construyen relaciones y participan en la vida colectiva. La educación inicial humanista concibe el diálogo como una práctica pedagógica fundamental. No se trata únicamente de enseñar a hablar o comunicarse. Se trata de generar espacios donde los niños puedan expresar ideas, formular preguntas, compartir experiencias y construir conocimientos junto a otros.

Dimensión sociocultural: aprendizaje situado y pertenencia comunitaria

Los niños no aprenden aislados de su contexto, explica Wallon (2021), el autor sostiene que toda experiencia educativa se encuentra profundamente vinculada con las realidades familiares, culturales y sociales donde transcurre la vida cotidiana. La praxis humanista reconoce la importancia de integrar los saberes comunitarios, las tradiciones culturales y las experiencias locales dentro de los procesos educativos.

La educación inicial debe fortalecer los vínculos entre escuela, familia y comunidad para favorecer aprendizajes contextualizados que respondan a las necesidades reales de los niños. Esta integración contribuye a la construcción de identidades culturales sólidas y fortalece el sentido de pertenencia hacia los entornos sociales donde se desarrolla la experiencia educativa.

Dimensión transformadora: educación para la construcción de futuros posibles

La última dimensión reconoce el carácter transformador de la educación. Formar seres humanos implica contribuir al desarrollo de capacidades que permitan comprender críticamente la realidad y participar activamente en su transformación. La educación inicial constituye el primer espacio donde comienzan a configurarse valores relacionados con la solidaridad, la justicia, la cooperación y la convivencia democrática.

La praxis humanista transformadora asume que cada experiencia educativa puede contribuir a la construcción de sociedades más humanas, inclusivas y participativas. Educar desde esta perspectiva significa sembrar posibilidades de futuro sustentadas en el respeto por la dignidad humana y en el compromiso con el bienestar colectivo.

6. REFLEXIÓN FINAL

La educación inicial representa uno de los escenarios más trascendentales para la construcción de la condición humana. En ella se configuran las primeras experiencias de relación con el conocimiento, con los otros y con el mundo. Por esta razón, toda reflexión orientada a comprender sus fundamentos trasciende los límites de la pedagogía para situarse en el terreno más amplio de la filosofía de la educación y de la comprensión del ser humano.

La reinterpretación desarrollada en este trabajo permitió evidenciar que los modelos educativos sustentados exclusivamente en criterios técnicos o instrumentales resultan insuficientes para responder a la complejidad de los desafíos contemporáneos. La infancia no puede reducirse a indicadores de desarrollo ni a procesos estandarizados de aprendizaje. Constituye una experiencia existencial donde convergen emociones, significados, relaciones, culturas y proyectos de vida.

Desde esta multióptica, la educación inicial aparece como una práctica profundamente humana orientada a favorecer la construcción de sujetos capaces de comprenderse a sí mismos, convivir con los demás y participar activamente en la transformación de su realidad. La reflexión realizada permitió reconocer que la formación infantil involucra dimensiones ontológicas, éticas, afectivas, culturales y sociales que deben ser consideradas de manera integrada dentro de los procesos educativos.

Finalmente, puede afirmarse que la educación inicial constituye uno de los espacios privilegiados para la humanización de la sociedad. Allí donde los niños son reconocidos como sujetos plenos de derechos, emociones y capacidades creadoras, emergen posibilidades reales para la construcción de comunidades más justas, solidarias y democráticas. Reinterpretar la educación inicial desde una perspectiva humanista no representa únicamente un desafío pedagógico. Constituye, sobre todo, una responsabilidad ética con las generaciones que comienzan a descubrir el mundo y que habrán de construir los horizontes de la sociedad futura.

7. REFERENCIAS

- Freire, P. (2021). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.
- Gadamer, H.-G. (2021). Verdad y método. Ediciones Sígueme.
- Heidegger, M. (2022). Ser y tiempo. Fondo de Cultura Económica.
- Husserl, E. (2023). La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental. Crítica.
- Lévinas, E. (2022). Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad. Ediciones Sígueme.
- Maturana, H., y Dávila, X. (2021). El árbol del vivir. MVP Editores.
- Morin, E. (2024). Introducción al pensamiento complejo. Gedisa.
- Piaget, J. (2021). La formación del símbolo en el niño. Fondo de Cultura Económica.
- Rogers, C. (2022). El proceso de convertirse en persona. Paidós.
- Vygotsky, L. S. (2023). Pensamiento y lenguaje. Akal.
- Wallon, H. (2021). La evolución psicológica del niño. Morata.